

JAIME GIL DE BIEDMA

CONVERSACIONES POÉTICAS



Madrid - Palma de Mallorca

MCMXX

Para Juan, en un abrazo de
fai me

De «PAPELES DE SON ARMADANS», n.º LVII bis. Diciembre de 1960.

*Tirada aparte de cincuenta
ejemplares numerados.*

Ej. n.º **18**

CONVERSACIONES POÉTICAS

Seis días después Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y los llevó a una montaña alta, a solas. Y se transfiguró delante de ellos, y sus ropas se volvieron resplandecientemente blancas, como no podría dejarlas ningún batanero en el mundo. Y se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús. Pedro rompió a hablar, y dijo a Jesús: - Maestro, bueno es que nos estemos aquí; y haremos tres pabellones, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías-. Pues no sabía lo que decía...

MARCOS, 9, 2-6

Predominaba un sentimiento de general jubilación.

Abrazos,
inesperadas preguntas de amistad
y la salutación
de los maestros
entre sonrisas, todavía borrosas
como en fotografías de hace tiempo,
nos recibieron al entrar.

Llegábamos
después de un viaje demasiado breve,
no sé si de otro mundo más real,
pero sin duda menos pintoresco.
Y algo de nuestro invierno, de sus preocupaciones
y de sus precauciones, seguramente se notaba

en nosotros aún cuando alcanzamos
el fondo de la estancia, donde un hombre muy joven,
de pie, nos esperaba silencioso
junto a los grandes ventanales.
Alguien nos presentó
por nuestro nombre, mientras que dábamos las gracias.
Y en seguida salimos al jardín.

Camino de la playa
entre rosales,
en el pequeño pabellón bajo los pinos
las conversaciones empezaban
puntuales como ensayos.
Me acuerdo de que entonces uno de los maestros
decía unas palabras, y después
recuerdo lo que hablamos
sólo muy vagamente.

La imprecisión de hablar,
la sensación de hablar y oír hablar,
es lo que me ha quedado, sobre todo.
Y las pausas pesadas como presentimientos,
las imágenes sueltas
del mar ensombreciéndose, pintado en la ventana,
o de la agitación silenciosa de los pinos
en el atardecer, captada unos momentos,
Hasta que luego las luces se encendían
y era otra vez igual que si llegásemos.

Pero en cambio las noches eran tibias
en la terraza sobre el mar

y resultaba dulce estar sin límite
—con la música al fondo
difuminando los jardines y el Hotel apagado
en donde los famosos dormían ya...
Quedábamos los jóvenes
y era joven la noche, igual que en las películas.
No sé si la bebida
sola nos exaltó, puede que el aire,
el brillo de los ojos desorbitados por la luna,
la suavidad de la naturaleza
que hacía más lejanas las voces,
menos reales, cuando rompimos a cantar.
Entonces fue ese instante en que la noche
llega ya a confundirse con la misma vida.
Alguien bajó a besar los labios de la estatua
blanca, dentro en el mar,

mientras que vacilábamos
contra la madrugada. Y yo pedí,
grité que por favor que no volviéramos
nunca, nunca jamás a casa.

Volvímos, por supuesto,
y es otra vez invierno cuando escribo,
pasados ya casi dos años.

Mis ideas
sobre cualquier posible paraíso
son, me parece a mí, bastante claras,
y desde luego diferentes, pero
¿para qué no admitir que fui feliz,
que a menudo me acuerdo?

En estas otras noches de noviembre,
negras de agua, cuando se oyen bocinas
de barco, entre dos sueños, uno piensa
en lo que queda de esos días:
algo de luz y un poco de calor
intermitente,
como una brasa de antracita.

JAIME GIL DE BIEDMA

Albada

Despiértate. La cama está más fría
y las sábanas sucias en el suelo.
Por los montantes de la galería
llega el amanecer,
con su color de abrigo de entretiempo
y liga de mujer.

Despiértate preguntando vagamente
que el portero de noche os he llamado.
Y cuando en el silencio: sucediendo
hacia los leños, se oyen tronquear
los traviesas que llevan al trabajo.

Irán ya despertándose las flores
cortadas, en los puertos de las Raumbas,
y cantarán los pájaros cabrones
desde los plátanos, mientras que ven volver
la negra humanidad que va a la cama
después de amanecer.

Acuérdate del cuarto en que has dormido.
Entierra la cabeza en las almohadas,
sintiendo aún la irritación y el frío
junto al ^{que de el amanecer} cuerpo que tanto nos gustaba
en la noche de ayer,

y píente en que debieres levantarte.
Píente en la casa todavía oscura
donde entrarás para cambiar de traje,
y en la oficina, con tuéto que vencer,
y en muchas otras cosas que te anuncian
desde el amanecer.

Aunque a tu lado escuches el susurro
de otra respiración. Aunque tú busques
el poro de calor entre los omos los
medios dormidos, que empiezan a estremecer.
Aunque el amor no deje de ser dulce
hecho al amanecer.

— Junto al cuerpo que nunca me gustaba
tanto desnudo, defamé que encienda
la luz para besarnos cara a cara,
 en el amanecer.
Porque conozco el día que me espera,
 y no por el placer.
